

las ventajas de la paz y de los horrores de la guerra, con una fuerza y gracia mas propia de un espíritu celestial que de una simple criatura. Luego que acabó de hablar, quedó Bernabo absorto por algun tiempo en las mas profundas reflexiones, y lanzando despues un gran suspiro: „esto es hecho (esclamó), yo quiero absolutamente tener paz con la Iglesia, y en adelante estaré siempre sujeto á ella.” ¡Prodigio inconcebible! (esclama el canciller de Maicières, autor de la vida del Beato Tomás): este Príncipe, agitado de una especie de rabia contra la Iglesia, éste fomentador de la discordia entre los cristianos, éste mónstruo cuya mayor complacencia consistia en asolar la herencia del Señor, que bebía la sangre de los Santos, que se había propuesto acabar con la fe católica, que no temía á Dios ni á los hombres, y se burlaba del poder del Emperador y de todos los Reyes de la cristiandad, vencido de repente por las palabras de un sacerdote, se arrepintió muy de veras y fue el hijo mas respetuoso de la Iglesia.

Esta mudanza inesperada facilitaba sin duda la cruzada ultramarina; pero la muerte del Rey Juan que debía mandarla, y la del legado cardenal de Perigord, frustraron al momento estas esperanzas. Movido el Rey de una rectitud conforme á su carácter, pero tan distante de las costumbres comunes, que se ha creído no poder explicarse su conducta sino atribuyéndole unas ideas romancescas, volvió á pasar á Inglaterra para reparar la falta del

duque de Anjou su hijo, que se había escapado de Calais, donde estaba en calidad de prisionero de los ingleses bajo palabra de honor: abuso de confianza, inescusable en el dictámen del Rey su padre, el cual tenia por máxima que si la fidelidad fuese desterrada del universo, debería encontrarse en el corazón de los Príncipes. Enfermó Juan en el mes de Marzo, y murió en Londres á 8 de Abril del año 1364, siendo su muerte muy sentida de todos los ingleses, justos apreciadores de las heroicas virtudes, y singularmente lisongeados de ver en un Rey que había sido tanto tiempo su enemigo, una confianza tan grande para ponerse en sus manos. Fue su sucesor su hijo primogénito, duque de Normandía y Delfín, Carlos, quinto de este nombre, llamado el Sábio.

40. En lugar del cardenal de Perigord, encargó el Papa á San Pedro Tomás la legacion de la cruzada, le dió el título de patriarca de Constantinopla, y le señaló diez florines diarios además de las rentas de las iglesias de Coron y Negro-Ponto. La dignidad de capitán general de la guerra santa la confirió el Papa, algun tiempo despues de la muerte del Rey Juan, al Rey de Chipre, que había pasado desde Aviñon á la corte del Emperador y de los demás Príncipes de occidente, á fin de interesarlos tambien en su expedicion. Ya había visto en aquella ciudad al Rey de Dinamarca Valdemaro III, que había ido á visitar al Papa Urbano con motivo de su exaltacion al pontificado, y se cruzó á egem-

plo del Rey de Francia. En la primavera del año 1365 fue tambien á Aviñon el Emperador Carlos con muchos nobles de Alemania y otros países, y concurrió igualmente el duque de Anjou, hermano del nuevo Rey, con una comitiva numerosa de caballeros y de prelados del primer orden. Se trató largamente de la conquista de la tierra santa, de los medios de abatir á los infieles, de los hombres, de los víveres y del dinero que se necesitaba, y en particular de las ventajas que podian sacarse de las compañías blancas, haciéndolas ir de grado ó por fuerza, por mar ó por tierra, para pelear contra los enemigos del nombre cristiano.

Todo se redujó á proyectos; y el Rey de Chipre se volvió á la corte del Papa, sin haber adelantado nada en sus asuntos despues de visitar á todos los Príncipes de la Europa. El santo patriarca de Constantinopla habia trabajado con algun mayor fruto en Venecia, lugar señalado para el embarco, adonde habia acudido puntualmente en el término prescrito, esto es, en el mes de Marzo del año 1365. Allí reunió algunos nobles y un número bastante considerable de gente del pueblo, los cuales tomaron la cruz y estuvieron esperando al Rey de Chipre hasta el tiempo señalado para hacerse á la vela: pero habiendo pasado este término cuando llegó el Príncipe, se habia amortiguado el fervor de los cruzados, y se disiparon aquellas tropas inconstantes.

Abandonados de todas las potencias, no se abandonaron á sí mismos el general y el legado. Vién-

dose reducido Pedro de Lusñan á zarpar de Venecia con dos galeras y las pocas tropas que habia podido juntar á sus espensas, fue á desembarcar á Rodas, donde se le agregaron cien caballeros. El Príncipe de Antioquía su hermano, á quien habia confiado la regencia de Chipre, le llevó muy en breve un número de tropas suficientes para formar con las pocas que ya tenia él, un cuerpo de diez mil hombres de infantería, y mil cuatrocientos de caballería. La escuadra era de cerca de cien velas entre galeras y otros buques.

Mientras llegaba el tiempo de embarcarse, se esforzó el santo legado á atraer las bendiciones del Señor, desterrando del egército la disolucion de las costumbres, purificando las conciencias, y escitando en todos los corazones sentimientos de religion y de piedad. Continuamente estaba ocupado en predicar, en confesar, en dar buenos consejos, en exhortar á un simple soldado ó á un marinero, en celebrar misas y en hacer otras oraciones fervorosas por el buen éxito de la espedicion. Apenas tenia tiempo para descansar algun breve rato y tomar un poco de alimento. Algunos dias antes de hacerse á la vela, hubo comunión general en el egército, dando egemplo el Rey y los grandes, los cuales la recibieron de mano del legado. Varios pecadores que no se habian confesado en diez, en quince ó en veinte años, lo hicieron entonces con señales nada equívocos de arrepentimiento. Muchos que habian tomado la cruz por ligereza, por vanidad, por

interés, y con la esperanza única de merecer los favores del Rey, se revistieron de unos sentimientos mas dignos de la santa obra por la cual prodigaban su sangre. Al momento de levar áncoras, el legado, acompañado de todos los eclesiásticos de la armada, pasó á la galera del Rey, se puso en el lugar mas alto, y á vista de todos hizo una oracion patética, bendiciendo las personas y las armas, los navíos y el mar, é implorando el auxilio del Señor contra los que blasfemaban su santo nombre.

Estando en alta mar, declaró el Rey en un consejo secreto la resolucion que habia tomado de ir en derecha á Alejandría, adonde llegaron despues de cuatro dias de navegacion, el 2 de Octubre del año 1365, y aunque eran las doce del dia con corta diferencia, se difirió el desembarco hasta la mañana siguiente para hacerle con mejor orden. Entretanto se juntó una multitud innumerable de sarracenos, los cuales se adelantaron formados en batalla hasta las orillas del mar á vista del ejército cristiano, y pasaron allí la noche. Al dia siguiente, despues de una débil resistencia, huyeron á la ciudad y se encerraron en ella. Pero viendo que se pegaba fuego á las puertas, y cediendo al temor que iba aumentándose por instantes, abandonaron los baluartes, los torreones, el recinto principal de la ciudad, y se refugiaron casi todos á Babilonia, esto es, al gran Cairo. De este modo fue conquistada Alejandría despues de una hora de combate, en el que no pereció ni un cristiano. Se encontraron

en la ciudad muchos musulmanes muertos con los dardos y saetas disparadas por los que estaban de la parte de afuera.

No correspondieron los siguientes sucesos á un principio tan feliz. Conservaba todavía el enemigo una parte de la ciudad separada del resto de ella por un brazo del Nilo, y el mayor número de los comandantes cristianos, en especial los de Inglaterra y de Rodas, fueron de dictámen que no se podria defender con tan poca gente una plaza inmensa sobre la cual volverian los bárbaros con todas sus fuerzas, luego que se recobrasen del terror que los habia sobrecogido. El Rey y el legado estaban inconsolables al ver esta pusilanimidad, que les pareció injuriosa al Omnipotente, y mas cuando los primeros efectos de su proteccion indubitable debian inspirar una confianza sin límites. Pero se vieron precisados á ceder al torrente, y quedó abandonada Alejandría á los cuatro dias de una conquista que debia proporcionar otras muchas. Todo su fruto se redujo al botin, que á la verdad fue inestimable. Se sacaron de la ciudad inmensas riquezas en dinero, en alhajas no menos preciosas que curiosas, y especialmente en telas de oro y seda, cuya materia era lo menos apreciable, y que estaban acinadas sinnúmero en aquella capital opulenta, centro de la industria y escala general del comercio de todo el oriente.

41. Los cruzados llevaron el botin á Chipre, donde el Beato Pedro Tomás cayó enfermo en Fa-

magosta, y conoció que estaba cerca su última hora. Se preparó á ella con la misma compuncion y con la misma humildad que si no hubiese hecho todavía nada para ganar el cielo. Todos sus momentos se hacian notables por un nuevo fervor y por la práctica de las mas escelentes virtudes. Mandó que le pusiesen en tierra, vestido de un saco y con una sogá al cuello para pedir perdon á todos los concurrentes, y recibir los últimos sacramentos de la Iglesia. Entretanto, y á pesar de que no le quedaba mas que un soplo de vida, dijo que no podia salir de este mundo sin ver á su amado discípulo el canciller de Maicieres, á quien habia enviado á llamar á Nicosia. Llegó el canciller, recobró el santo sus fuerzas, le comunicó sus últimos pensamientos relativos al bien de la Religion con tanta presencia de ánimo como si estuviese enteramente sano; entró despues en una dulce agonía, y dió tranquilamente el alma á su Criador el día de la Epifanía del año 1366. Aunque no fue canonizado con las formalidades ordinarias, los religiosos de su orden celebran su fiesta en 29 de Enero, y la congregacion de ritos ha confirmado esta práctica: y aun es venerado como mártir, porque fue herido en la toma de Alejandría, habiendo sido esta herida la primera causa de su muerte.

Sin embargo de que se abandonó tan pronto aquella ciudad, no dejó de causar su conquista un terrible sobresalto á Schaaban, hijo de Hosain, sultan de Egipto. Era este el vigésimo-segundo en el

orden de los mamelucos, los cuales habian empezado á reinar cien años antes con corta diferencia. A pesar de todos los desórdenes de los estados cristianos, jamás se vieron en ellos tantas y tan sangrientas revoluciones. Schaaban, coronado á los diez años, fue ahogado á los veinticuatro. Pero los musulmanes de Egipto se coligaron con los tureos á fin de echar de levante al Rey de Chipre y á los caballeros de Rodas, esto es, á los principales motores de la espedicion de Alejandría; lo que puso en gran cuidado al Papa Urbano, y le obligó á valerse de todos los medios imaginables para impedir una invasion que hubiera frustrado entonces y en cualquier otro tiempo la esperanza de recobrar la tierra santa.

42. Se habia formado ya, como hemos visto, el proyecto de volver contra los enemigos del nombre cristiano las armas de aquellos enemigos de todo orden público, que con el nombre de compañeros continuaban talando nuestras mas fértiles provincias. Pareció al principio que la muerte de Carlos de Blois, marido de la condesa de Pentievre, habia de restablecer la tranquilidad en Francia, pues con ella cesaba el mayor obstáculo que tenia la condesa de Monfort en sus pretensiones al ducado de Bretaña; pero sosegada esta provincia remota, refluyeron los atentados y las turbulencias á lo interior del reino, con las tropas licenciadas por una y otra parte, las que sirvieron de nuevo refuerzo á aquellas terribles compañías que se burlaban de toda potestad legítima.

En medio de estos horrores, podemos no obstante fijar la vista en un objeto tanto mas digno de la fe cristiana cuanto mayor era la furia con que todas las pasiones humanas conspiraban á sofocarla. Carlos, hijo de Luis de Chatillon, conde de Blois, halló su santificacion en las guerras intestinas y en las facciones desenfrenadas que pervertian á casi todos los Príncipes (1). Sostuvo una guerra de veintitres años por defender los derechos de su esposa Juana; y siempre deseó concluir la, ó bien por un tratado que le privase de una parte de sus pretensiones, ó bien por un combate en que nadie peligrase sino él. No cesaba de quejarse amargamente de lo que padecian los pueblos por su causa. Aun con la espada en la mano, observaba respecto de su competidor todas las reglas de la moderacion cristiana y de la caridad fraternal. Si en las conversaciones regulares se decia alguna cosa contra la casa de Monfort, inmediatamente imponia silencio, haciéndose en cierto modo apologista de ella, y diciendo que creía defender sus derechos, así como él defendia los suyos. En una palabra, era tan grande la delicadeza de su conciencia, que mas de una vez se quejaron sus partidarios de que estaban mandados por un religioso mas bien que por un duque.

En efecto, tuvo todas las virtudes y todos los sentimientos de los religiosos dotados de mayor fervor. Desde su infancia le hicieron aprender las co-

(1) *Lobin. Vid. de SS. de Bret. p. 262. sig.*

sas mas prácticas que se encuentran en los divinos oficios de la Iglesia, y desde entonces se impuso la ley de rezar aquellas oraciones, acompañándolas con grandes sentimientos de temor y de amor de Dios. Castigó su carne antes de que se rebelase contra el espíritu. Además de los ayunos y vigilijs, se entregó á los ejercicios de la mortificaciou mas ingeniosa. Para dormir disponia la cama de tal modo, que aun en este descanso indispensable estuviese oprimida la naturaleza. Tomaba con frecuencia largas y sangrientas disciplinas. Con el manto Real ó con la cota, en el ejército ó en la corte, traía siempre un cilicio ceñido al cuerpo con cuerdas añudadas para aumentar su aspereza. En esta forma se le halló en el campo de batalla donde perdió la vida, cuyo suceso hizo, por decirlo así, traicion á la humildad con que cuidó siempre de ocultar todas sus virtudes por huir de los aplausos de los hombres. Nunca se creyó poderoso sino para sostener á los desvalidos y amparar á los desdichados. Su inclinacion á los pobres se manifestó desde el mismo instante en que se le presentó el espectáculo de la miseria. Reunia un gran número de ellos en su palacio, y les daba de comer por sí mismo: los visitaba en los hospitales y en sus chozas, y mas de una vez se despojó de sus vestidos preciosos por socorrerlos sin perder un momento.

No se mostró menos generoso en todo lo concerniente al bien de la Iglesia y á la magestad del culto divino, pues son innumerables sus donativos

y sus fundaciones piadosas. Contribuía infinito con su propia persona á la edificación y al aumento del culto público. Oía todos los dias tres misas, celebrándose solemnemente una de ellas. El tumulto de la guerra, las dificultades que era necesario vencer para fijar los campamentos, y las marchas y contramarchas no le parecían suficiente motivo para dejar de asistir á lo menos una vez al santo sacrificio. Además del oficio divino rezaba todos los dias el de la Virgen. Como las peregrinaciones y la multitud de oraciones vocales eran la parte mas esencial de la devoción de aquellos tiempos, hizo en este punto mucho mas de lo que se acostumbraba comunmente, emprendiendo estos viages devotos en la estacion mas rigurosa, y tomando los peores caminos. Comulgaba todos los meses y en las fiestas de alguna solemnidad. Por lo que toca á la confesión, tenia tanto cuidado en conservar la pureza de su alma, que iba regularmente dos veces á la semana á borrar las menores manchas en este baño saludable.

Las humillaciones y los trabajos acabaron de perfeccionar unas virtudes tan eminentes. Habiendo sido vencido y hecho prisionero en 1347, fue llevado á Inglaterra, donde estuvo encerrado nueve años en la torre de Londres. Al principio padeció todo género de ultrages, porque sin ningun respeto á su calidad, solo consultaron los ingleses la ferocidad de su carácter y de su venganza. Durante su cautiverio, ya le daban la noticia de que

á los de su partido les habian tomado una plaza, de que habian perdido una batalla, ó de la muerte funesta de algunas personas á quienes amaba con particular cariño. En aquel tiempo fue asesinado, por orden del Rey de Navarra, el condestable Carlos, Infante de España su yerno, y se fue á pique la nave que llevaba cien mil florines de oro para su propio rescate. A todas estas noticias melancólicas respondia el santo duque levantando los ojos al cielo: „¡Bendito sea el Señor! Todo esto es para nuestro bien.” Libre en fin de la prision en que se hallaba y habiendo empezado ya sus asuntos á mudar de semblante, quedó prisionero en un combate á pesar de los prodigios de valor que hizo en aquella ocasion, y le quitaron la vida brutalmente. Se habia preparado con la Eucaristía, y murió encomendándose al Señor, el cual mostró con prodigios visibles cuán preciosa era á sus ojos aquella muerte. No fue canonizado por haberse opuesto á ello su competidor el duque de Borgoña, pues temió que se le mirase como un usurpador, si era reputado por Santo un sugeto á quien habia despojado él mismo de aquella herencia. Pero sesenta testigos de la eminencia de sus virtudes, y cincuenta y ocho del número y celebridad de sus milagros, entre los cuales se contaron algunas resurrecciones de muertos, forman una prueba casi concluyente de su santidad.

43. No habiéndose verificado el proyecto de obligar á las compañías á que pasasen á oriente, En-